

LA INVESTIGACIÓN EN LA ENCRUCIJADA

Carlos Hoevel

Carlos Germán Hoevel es doctor en filosofía y magíster en ciencias sociales. Actualmente trabaja como investigador y profesor del Centro de Estudios de la Sociedad Industrial en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina. Es director de la revista *Valores en la sociedad industrial*.

LOS ANTECEDENTES

El supuesto básico sobre el que para muchos se sostiene hoy la investigación universitaria es que su función principal es proporcionar insumos útiles para la llamada economía del conocimiento¹. Por esta razón, se considera que debe estar sujeta a los mismos criterios de división del trabajo, productividad y evaluación de resultados que se aplican en la economía. El gran cambio que llevó a este enfoque predominante en la actualidad comenzó en realidad a gestarse hace mucho tiempo. Primero a fines del siglo XIX y principios del siglo XX en Alemania. Pero el cambio clave se dio sobre todo a partir del momento en que los Estados Unidos despegaron como superpotencia durante los años de la Guerra Fría². Aunque esta gran transformación se extendió poco a poco también a Japón, Europa, la Unión

1. Véase Maureen D. McKelvey & Margnus Holmén. *Learning to compete in european universities: From social institution to knowledge business*, Edward Elgar Publishing, Cheltenham 2009.
2. Para una historia de la economización de la Universidad en los Estados Unidos, véase Robert Nisbet, *The degradation of the academic dogma*, Transaction Publishers, New Jersey 1997.

Soviética y otros países del mundo, en ninguno de ellos el impacto de los programas de investigación científica aplicada a usos económicos y militares fue tan grande como en los Estados Unidos. De hecho, las dos universidades que imitaron casi literalmente el modelo de la Universidad alemana dedicada a la *Bildung* (formación) basada en la *Wissenschaft* (investigación científica) —la Johns Hopkins University y la Universidad de Chicago— comenzaron ya durante la Segunda Guerra Mundial a desarrollar programas de investigación a gran escala financiados por el Estado destinados a objetivos militares³. Sobre este modelo de colaboración estrecha en proyectos de investigación entre la Universidad, el Estado y la Industria —especialmente la vinculada a la producción militar— gestado durante la guerra, habría de desarrollarse luego, en las siguientes cuatro décadas, la industria de la investigación norteamericana de la posguerra.

En tanto en la Universidad tradicional el valor del avance en el conocimiento, sea cual fuese su utilidad inmediata, estaba fuera de discusión, en la Universidad bajo el influjo de la financiación estatal, dicho avance tenía sentido solo en la medida en que pudiera entrar dentro de los cánones de su aplicabilidad práctica.

Tal como señala Robert A. Nisbet, el proceso de transformación iniciado en las universidades de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, tuvo como rasgo principal no tanto el vuelco de la Universidad hacia las ciencias o hacia las profesiones, como argumentan algunos autores⁴, sino sobre todo el hecho de la introduc-

3. Tal vez uno de los episodios que mejor refleja el singular estado de cosas en las universidades norteamericanas de aquel momento fue el ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial en la Universidad de Chicago, en la cual mientras el Rector Robert Maynard Hutchins promovía con especial pasión la reintroducción en el *College* de la enseñanza de las artes liberales, el científico italiano Enrico Fermi, escondido junto con sus colaboradores en un laboratorio subterráneo ubicado justo debajo de la enorme Biblioteca Regenstein, realizaba en forma secreta las primeras pruebas de fisión atómica de la historia a partir de las cuales se construyeron luego en Los Álamos las dos primeras bombas atómicas.
4. Nisbet polemiza en este punto especialmente con Robert M. Hutchins, quien argumentaba que el economicismo que invadía a la Universidad norteamericana se debía a la introduc-

ción en el ámbito académico de los criterios, comportamientos y modos de organización propios de la economía capitalista. De acuerdo a Nisbet, el flujo de los millones de dólares que el gobierno y las empresas de los Estados Unidos invirtieron en las universidades especialmente durante las tres primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, con propósitos no precisamente desinteresados, cambiaron para siempre no solo el *modus operandi* de la Universidad sino sobre todo la idea fundamental sobre la que esta estaba construida desde sus inicios en la Edad Media como no lo habían hecho antes ninguno de los más autoritarios regímenes políticos modernos⁵.

Según Nisbet, la introducción de la lógica capitalista en la Universidad tuvo como eje principal, en los Estados Unidos, el conflicto entre las cátedras y departamentos o facultades y los institutos, centros y proyectos de investigación. En tanto en el modelo tradicional los profesores, estudiantes y directivos de la Universidad conformaban una auténtica comunidad académica alrededor de las cátedras y facultades, en el nuevo modelo las figuras protagónicas eran los profesores investigadores que recibían fondos ya sea del Estado, ya sea de las empresas, para sus institutos o proyectos de investigación. Estos últimos se convirtieron así en los nuevos hombres fuertes de la Universidad que conformaban un nuevo estrato “burgués” de rasgos marcadamente individualistas que contrastaba fuertemente con el estamento “feudal” tradicional de las familias académicas agrupadas por disciplinas y jerarquizadas por el conocimiento y la trayectoria. Al lado del prestigio que traía el obtener varios millones de dólares para un proyecto de investigación en gran escala que incluía además la conformación de un equipo de investigadores asistentes y un *staff* administrativo al servicio exclusivo del investigador principal, palidecía completamente el antiguo prestigio que traía el haberse dedicado durante décadas a profundizar en un tema sin más resultados que el de la formación de discípulos y el reconocimiento de los colegas. El dogma central de la academia, según el cual lo que más valía en la Universidad era el estudio responsable, riguroso y profundo de una disciplina en continuidad con una larga tradición antecedente y la transmisión de ese saber a las nuevas generaciones,

ción masiva de la enseñanza profesional.

5. Si bien la burocratización prusiana o las dictaduras nazi y comunista intervinieron violentamente en la Universidad, desplazando muchas veces a los académicos no afines a su ideología, no llegaron sin embargo a modificar la lógica intrínsecamente académica que gobernaba el mundo universitario.

quedaba así definitivamente cuestionado y con ello el fuerte sentido de autonomía y de comunidad que hasta entonces había regido la vida universitaria.

El impacto de la inversión gubernamental norteamericana en la Universidad fue lo suficientemente grande como para modificar para siempre tanto el objetivo central de la Universidad como su relación con la sociedad. En tanto en la Universidad tradicional el valor del avance en el conocimiento, sea cual fuese su utilidad inmediata, estaba fuera de discusión, en la Universidad bajo el influjo de la financiación estatal, dicho avance tenía sentido solo en la medida en que pudiera entrar dentro de los cánones de su aplicabilidad práctica. No obstante, y a pesar de los intereses en juego y las fuerzas externas que presionaban desde afuera, durante la era keynesiana la Universidad se mantuvo en cierto modo todavía relativamente independiente. Aunque los fondos que fluían desde el Estado fueron descomponiendo el tejido comunitario interno de la Universidad y las presiones externas drenaban la energía que antes se había dedicado a las tareas específicamente académicas, el control de la Universidad se mantuvo todavía por un buen tiempo en las manos de los académicos. Los programas de financiación exigían formalmente a los centros de investigación una rendición de cuentas, pero los controles sobre los resultados y la productividad fueron en realidad bastante suaves y en la mayoría de los casos casi inexistentes.

EL GRAN CAMBIO

Solo cuando a partir de los años ochenta y noventa del siglo pasado comienza el proceso de desregulación económica, se hace también patente el alto grado de dependencia que tenía la Universidad de la financiación estatal. Cuando la inflación, el déficit estatal, y el estancamiento llevan a los gobiernos a adoptar medidas de ajuste, se toma también conciencia del enorme y descontrolado gasto que representaba la Universidad. Así, al mismo tiempo que se desmantelaban estructuras económicas enteras y se inducía a vastos sectores de la economía a regirse por las leyes de la competencia y los mecanismos de mercado, se intentó hacer lo mismo con la Universidad. En tanto en el período que va de los años cuarenta a los años setenta del siglo XX la Universidad se desarrolló fuertemente condicionada

por el modelo del Estado keynesiano y burocrático, a partir de los ochenta la Universidad comenzó a estar poco a poco bajo la influencia del llamado modelo del “Estado evaluador”⁶. En el primer modelo el Estado subsidia fuertemente a la Universidad pero esta última conserva todavía una relativa independencia en relación a la formulación de sus objetivos y la evaluación de los resultados de sus actividades académicas docentes y de investigación. En el segundo modelo, en cambio, el Estado condiciona sus transferencias económicas hacia la Universidad a una evaluación exhaustiva de los resultados de esta.

La clave del modelo que rige hoy en la investigación universitaria está en el mecanismo de evaluación que surge del nuevo concepto general de regulación estatal que se generaliza a partir de los años noventa. Mientras la regulación del sistema educativo de la época keynesiana estaba basada en el sistema de “mando y supervisión”, la regulación actual se basa en la aplicación de mecanismos de mercado o, más bien de “cuasi mercados”⁷, introducidos por el Estado evaluador y organizados bajo la llamada “gobernanza” estatal en la que participan conjuntamente el Estado, las universidades y los entes evaluadores. Si bien el sistema de precios no existe estrictamente hablando en los cuasi mercados, el Estado evaluador diseña una serie de mecanismos que lo imitan. En lugar del precio monetario se establece un sistema de puntajes, mediciones y rankings diseñados para actuar al modo de los sistemas de precios en los mercados tradicionales, proporcionando una medida supuestamente objetiva de la competitividad y valor tanto de los así llamados “productos académicos” como de los investigadores mismos. Aunque todavía siguen vigentes las evaluaciones *ex ante* basadas en el análisis de pares evaluadores de proyectos y programas, se extiende cada vez más la tendencia hacia las evaluaciones *ex post*, es decir, basadas en la medición de los resultados obtenidos ya no solo a nivel proyecto sino en el nivel de la performance individual de cada investigador. Esta última forma de evaluación de la investigación está basada en diversos sistemas de medición de la llamada “calidad científica” de las publicaciones de los académicos obtenida mediante la aplicación de mecanismos

6. Véase Guy Neave, *The evaluative State, institutional autonomy and re-engineering higher education in Western Europe*, Palgrave, New York.

7. En la literatura especializada se habla de “cuasi-mercados” educativos, dando a entender que los mecanismos introducidos en el ámbito de la educación superior no son propiamente mercados sino construcciones artificialmente producidas por el Estado que se les asemejan pero que carecen de algunas de las características de aquellos.

de riguroso carácter bibliométrico (factor de impacto de las revistas científicas en las que se publican los trabajos⁸, factor que mide la influencia de un investigador sobre otros, número de artículos publicados en revistas clasificadas como A, B o C, etc.). A partir de esta cuantificación “micro” de las actividades académicas, el Estado evaluador (nacional y regional) diseña una serie de sistemas de medición “macro” que permiten supuestamente evaluar la performance de los centros universitarios, países y regiones haciéndolos competir entre sí y estableciendo un sistema de premios y castigos correspondiente que finalmente termina reflejándose en dinero.

El punto final del sistema es la acreditación. Puede haber evaluación sin acreditación pero no acreditación sin evaluación. Este mecanismo, de origen estadounidense, se implementaba tradicionalmente en aquel país por la ausencia de una autoridad oficial centralizada que fuera garante de la calidad del sistema universitario. En la versión norteamericana original, la acreditación era voluntaria y las agencias encargadas de realizarla no eran en general gubernamentales ni centralizadas sino regionales y no gubernamentales. Su objetivo era básicamente el de informar al público y afianzar la confianza en sus instituciones por parte de las familias de los estudiantes. El esquema diseñado por los actuales planificadores de la industria académica tiende a ser, en cambio, el de una acreditación obligatoria, centralizada y cuasi-gubernamental, ejercida por agencias fundadas por iniciativa estatal y estrictamente reguladas por el gobierno.

De este modo, los procesos de reforma universitaria — como por ejemplo el que se desarrolla en Europa continental con los acuerdos de Bolonia pero también otros que están dándose desde hace varias décadas en el Reino Unido, en los Estados Unidos, en Oriente e incluso en algunos países de América Latina (en especial Chile, México, Colombia y últimamente Brasil o Perú, aunque mucho menos en la Argentina o Venezuela) — apuntan a que el nombramiento y promoción de los investigadores individuales, la distribución de fondos para los proyectos y presupuestos de los departamentos, universidades y países sean realizados en base a un sistema eficiente de selección cuantitativo lo más homogéneo y homologable globalmente posible. La razón de fondo de esta nueva modalidad de regulación

8. El *impact factor* es la medida cuantitativa que surge de la cantidad de citas que realizan otros investigadores del trabajo o los trabajos de un investigador. Hoy es tomado por muchos evaluadores universitarios como el criterio fundamental para determinar la calidad de un investigador y, en muchos casos, su permanencia o no en el puesto. Véase Eugene Garfield, “The history and meaning of the journal impact factor”, JAMA, January 4, 2006, vol. 295, n. 1.

de las actividades de investigación universitarias reside en que estas últimas son vistas hoy por los gobiernos y los organismos internacionales como flujos de un *output* de “productos académicos” que necesita de modo cada vez más urgente la economía y que por lo tanto es preciso constantemente aumentar. En las reuniones de foros regionales a las que están obligados a asistir periódicamente los rectores o representantes de las universidades se presentan en primer lugar siempre “los números” con la intención de llevar a las autoridades de las universidades presentes a tomar conciencia del estado de cosas siempre insuficiente. El foco de la preocupación está así hoy en los indicadores macro que son los que colocan a la universidad, el país o la región al tope, en el medio o en el final de los rankings que miden la eficiencia de los sistemas de investigación universitarios.

AMBIGÜEDADES Y PROBLEMAS

Según el economista suizo Bruno Frey, del Instituto de Investigación Empírica en Economía de la Universidad de Zürich, «la presión por la publicación ha aumentado fuertemente en el mundo académico en los últimos decenios», lo cual ciertamente «ha producido un fuerte aumento de la producción científica en términos de publicaciones, pero no está claro si la calidad también ha aumentado o si posiblemente haya disminuido. Los incentivos para publicar no son necesariamente los ideales para adquirir nuevos conocimientos valiosos». En tal sentido, en opinión de Frey, «la substancia de la investigación científica importa cada vez menos en la medida en que mecanismos definidos externamente toman su lugar». Y continúa Frey:

«Hoy en día, en muchas disciplinas la importancia de una idea científica y la posición de un académico se definen por los rankings. Lo que importa es el reconocimiento producido por un sistema general de rankings, normalmente basados únicamente en la cantidad de la producción científica, independientemente de la calidad. Si la calidad es considerada, esto se hace contando el número de citas. Los rankings proporcionan medidas simples de posición relativa en la ciencia, un aspecto particularmente útil para los estudiosos de otras disciplinas y para los tomadores de decisiones públicas. Sin embargo, las clasificaciones se enfrentan a muchos problemas graves... Por ejemplo, no tienen en cuenta el simple hecho de que las obras se citan a menudo porque se consideran erróneas y no porque se

las considere como una valiosa contribución al conocimiento. Los rankings tienen una importancia cada vez mayor, no solo en las ciencias naturales y la medicina, sino también en las ciencias sociales, en particular en la economía. Los profesores son nombrados, se reciben donaciones, y departamentos y universidades enteras son evaluados sobre la base de los rankings de las publicaciones. En muchos casos, los encargados de adoptar decisiones no se toman la molestia de leer los trabajos o de considerar en qué medida contribuyen a nuestro conocimiento. La dependencia de los rankings ha sustituido a la consideración de los contenidos»⁹.

Una opinión similar, aunque expresada en un lenguaje bien comprensible para el gran público, sostiene la filósofa y directora de investigación en el CNRS Barbara Cassin. Autora del *best-seller Google Me*¹⁰, Cassin denuncia el «escándalo de este método de notación» el cual como Google hace que «la calidad sea una propiedad emergente de la cantidad» y hace hincapié en la analogía existente entre «el modo en cómo Google fabrica sus respuestas a sus preguntas, es decir, el modo en el que jerarquiza los elementos que aparecen en una página y el modo en el que se jerarquizan a los investigadores». Para Google, «los que se ponen arriba son los que envían a más cantidad de otros sitios, es decir, se trata de una práctica de citas. Eso es lo mismo que sucede con los investigadores. Cuanto más usted escribe textos en las revistas clasificadas, más estos textos son citados y mejor es usted calificado»¹¹.

Hoy en día, en muchas disciplinas la importancia de una idea científica y la posición de un académico se definen por los rankings. Lo que importa es el reconocimiento producido por un sistema general de rankings, normalmente basados únicamente en la cantidad de la producción científica, independientemente de la calidad.

9. Bruno S. Frey, "Withering Academia?", Institute for Empirical Research in Economics, Zürich, Suiza, Cesifo Working paper n. 3209, octubre 2010, pp. 2-3.

10. Barbara Cassin, *Google Me*, Albin Michel, París 2007.

11. Véase <http://rue89.nouvelobs.com/>

La clasificación bibliométrica de las revistas científicas implementada por la AERES francesa suscita críticas por parte de investigadores de diferentes orígenes. Así, el medievalista O. Boulnois afirma que «confunde la calidad de una revista con su difusión, y la calidad de un artículo con la calidad de una revista». Según Boulnois, «en los cuatro volúmenes de los *Dits et Ecrits* de Michel Foucault, puede que no haya cinco artículos publicados en revistas clasificadas como A». Según Kai Simons, presidente de la Organización Europea de Ciencias de la Vida e investigador en el Instituto Max Planck de Biología Celular Molecular y Genética de Dresde, Alemania, «el factor de impacto (*impact factor*) no es una medida simple de la calidad y una de las principales críticas es que su cálculo puede ser manipulado por las revistas»¹². De una opinión similar es Robert Gori, profesor de psicopatología clínica en la Universidad de Aix-Marseille. Para él la tendencia al conformismo con el fin de satisfacer los requisitos de evaluación homogeneizada está llevando a desplazar zonas enteras de las tradiciones científicas más valiosas. «En efecto —señala Gori— a menos que las disciplinas académicas desarrollen estrategias pragmáticas y cónicas para “gestionar” las citas mutuas, si se adopta el ranking de revistas por factor de impacto, no solo el psicoanálisis y la psicopatología clínica desaparecerán, sino probablemente la mayoría de las publicaciones localizadas en las humanidades»¹³.

Al mismo tiempo, esta situación lleva a profundizar la irrelevancia de mucha investigación con altas calificaciones según los rankings y el exceso de especialización ha convertido la actividad de muchos investigadores en un mero juego intelectual, tal como testimoniara en su momento Robert W. Clower cuando afirmó que la mayoría de los artículos académicos que llegaban hasta él cuando era editor del *American Economic Review* eran «absolutamente tontos, les faltaba cualquier tipo de idea nueva» y que «habría sido mejor que jamás hubieran sido escritos»¹⁴. En tal sentido, muchos en América Latina sostienen que el sometimiento de la investigación universitaria al generalizado cuantitativismo de los rankings está alejándola del contacto con los graves problemas sociales de la propia región. De acuerdo a

12. Kai Simons, “The misused impact factor,” en *Science*, vol. 322, 10 de octubre de 2008, p. 165.

13. Roland Gori & Marie-José Del Volgo, “La bibliométrie : une nouvelle addiction à l’esclavage?”, véase http://sauvons-la-clinique.org/spip.php?article20&var_mode=calcul: 9.

14. Citado por James L. Morrison, “Academic research in the new economy” en *On the Horizon*, 1(3), (1993): 6-7.

José Dias Sobrinho y Marcia F. de Brito, «vale la pena recordar lo que dice López-Segrera: en los países en desarrollo, “más importante que dedicar recursos a obtener Nobels es crear capacidades que produzcan investigaciones relevantes socialmente y que permitan construir recursos humanos y sociales”»¹⁵.

Por otra parte, en un artículo que fue muy polémico, el ya mencionado economista suizo Bruno Frey, sostiene que, después de toda una vida publicando en las más prestigiosas revistas especializadas

«el sistema de edición de revistas existente en nuestro campo prácticamente obliga a los académicos a convertirse en prostitutas: se venden por dinero (y por una buena vida). A diferencia de las prostitutas que venden sus cuerpos por dinero, los académicos venden su alma para conformarse a la voluntad de otros, los árbitros y editores, con el fin de obtener una ventaja, a saber, la publicación. La mayoría de las personas que se niegan a prostituirse y a seguir las exigencias del sistema, no son académicos: no pueden entrar o tienen que dejar la academia porque no pueden publicar. Su integridad sobrevive, pero estas personas desaparecen como académicos»¹⁶.

NECESIDAD DE UN REPLANTEO DE LOS FINES DE LA INVESTIGACIÓN UNIVERSITARIA

Therry Threadgold, vicerrector de la Universidad de Cardiff, afirmaba recientemente que «las universidades deben convertirse en máquinas mucho más pulidas y eficientes si quieren sobrevivir. Lo que queda de nuestros modelos económicos y de gestión tradicionales y sus orígenes históricos son insostenibles en este nuevo contexto»¹⁷. Urgidos por lograr mejores puestos en los rankings de los organismos nacionales e internacionales de evaluación universitaria, muchos directivos universitarios caen en la tentación de intentar medir los resultados de la investigación con parámetros puramente administrativos que aniquilan en el investigador toda inclinación a un uso inteligente

15. José Dias Sobrinho y Márcia Regina F. de Brito, “La educación superior en Brasil: principales tendencias y desafíos”, en *Avaliação*, Campinas; Sorocaba, SP, vol. 13, n. 2, p. 487-507, jul. 2008, p. 505.

16. Bruno Frey, “Publishing as prostitution? Choosing between one’s own ideas and academic failure” en *Public Choice*, vol. 116 (2003), pp. 205-223.

17. Therry Threadgold, “The global impact of UK university funding cuts” en *The Conversation*, 17 de mayo de 2011, véase <http://theconversation.edu.au/the-global-impact-of-uk-university-funding-cuts-864>.

y creativo de los métodos y que poco tienen que ver con la compleja realidad de los objetos de estudio. El resultado es la proliferación de mucha investigación sobre temas irrelevantes o “políticamente correctos”, presentada con todas las formalidades metodológicas, pero alejada de los problemas cruciales y producida sin verdadero interés por parte del científico con el único objetivo de cumplir con las exigencias burocráticas de publicación y obtención de fondos a las que es constantemente sometido. Pero, ¿cuál sería el modo de superar esta situación? Permítaseme señalar al menos cuatro orientaciones.

En primer lugar, en mi opinión, sería necesario sustituir la concepción puramente burocrática o funcionalista de la investigación universitaria por una animada y fuerte orientación intelectual y cultural¹⁸. Esto, a su vez, requeriría de un cambio radical en el concepto de “rendición de cuentas” (*accountability*) de la investigación universitaria¹⁹. De hecho, más allá de todas las otras demandas de la sociedad y de la economía; la búsqueda de la verdad, siguiendo las exigencias intrínsecas de los problemas científicos e intelectuales, es el servicio principal que la investigación universitaria le debe a la sociedad. Sin ideal intelectual la investigación se queda sin un norte y, por lo tanto, también se vuelve incapaz de cumplir con su papel de ser un faro de orientación para la sociedad²⁰. De hecho, en todas las épocas existió un ideal cultural y educativo en el corazón de las universidades. Hoy en día, sin embargo, a pesar de las declaraciones oficiales, son muy pocas las universidades que pueden explicar el ideal intelectual al que apuntan. Por lo tanto, la formulación y el establecimiento de un serio compromiso con ese ideal es tal vez hoy la primera y más importante tarea que deberían emprender las universidades. Esta necesidad se acentúa todavía más en el caso de las universidades católicas. Parece difícil pensar en una evangelización de la cultura sin antes rescatar a los profesores e investigadores de la asfixia que actualmente sufren bajo el yugo de la industria académica y ayudarlos a revivir la experiencia cultural²¹.

18. Véase Alberto Amaral, Ivar Bleiklie & Christine Musselin, *From governance to identity: A Festschrift for Mary Henkel*, en *Higher Education Dynamics*, vol. 24, primavera 2008.

19. Cris Shore & Susan Wright, “Coercive accountability. The rise of audit culture in higher education” en Marilyn Strathern (ed.), *Audit cultures. Anthropological studies in accountability, ethics and the academy*, Routledge, Londres, Nueva York 2000, pp. 57-89.

20. Bruce Charlton, “The vital role of transcendental truth in science”, en *Medical Hypotheses*, 2009, 72 (4), pp. 373-376.

21. Esta situación de la investigación es reflejada con claridad por los diversos documentos y declaraciones pontificias dedicadas al tema en las últimas décadas. Tanto Juan Pablo II, Benedicto XVI como Francisco se han pronunciado en reiteradas ocasiones sobre la importan-

Parece difícil pensar en una evangelización de la cultura sin antes rescatar a los profesores e investigadores de la asfixia que actualmente sufren bajo el yugo de la industria académica y ayudarlos a revivir la experiencia cultural.

Una segunda orientación para tomar un camino alternativo al actual en la investigación sería, a mi juicio, la de recuperar la centralidad del papel de los profesores. El profesor debería volver a tener una autonomía significativa para realizar su trabajo de investigación. Tal autonomía ha demostrado ser durante muchos años y en muchas culturas la única manera de generar y mantener un alto nivel académico en la investigación. El comportamiento irresponsable de algunos académicos no justifica la subordinación de todos a una gestión burocrática o funcionalista²². Solo en un ambiente de libertad será posible volver a crear el espacio de verdadera investigación, hoy tan deteriorado debido a las presiones del funcionalismo imperante.

Una tercera orientación consistiría en modificar el modo de dirigir la investigación en la universidad pasando de una administración managerial como la actual a un gobierno de tipo genuinamente académico en el cual el papel del directivo debería ser entendido de una manera totalmente diferente. En lugar de someter al profesor a requisitos extrínsecos, los directivos deberían convertirse en líderes de un nuevo tipo orientados a actuar como descubridores, capaces de

cia que tiene para la investigación la integración del saber y la apertura personal a la verdad «no subordinada ni condicionada a intereses de ningún género» (Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, 7). Los tres también han visto con claridad el problema gravísimo no solo científico sino también moral de la proletarianización y burocratización del investigador. La actitud ética y la actitud católica no es algo que pueda ser sobreañadido extrínsecamente sino que exige que la investigación sea llevada adelante a fondo, según sus exigencias intrínsecas y animada por una verdadera «pasión por la verdad» (Discurso de Benedicto XVI en la Universidad Lateranense, 21 de octubre de 2006). Las universidades en general y las católicas en particular, se hallan hoy, pues, ante la disyuntiva de apoyar el actual reflorecimiento de un tipo de investigación no burocratizada y potencialmente abierta a la perspectiva total de la persona humana (Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, 7) o adaptarse pasivamente a los estrechos requerimientos de la industria académica. Véase Vosman, Frans, "The University as an industry. Should catholic theology be an academic discipline?" 2008, <http://www.fiuc.org/cms/COCTI/Actes%20all/texte%20Prof%20Vosman.pdf>

22. Bruno Frey, "Withering Academia?", ob. cit.

favorecer a los investigadores atípicos, reconciliando las demandas externas con las internas y comportándose menos como ejecutivos y más como curadores que ayudan, apoyan y alientan.

La cuarta orientación consistiría en una reforma de los sistemas de evaluación de la de la investigación. Evaluación no es lo mismo que la medición cuantitativa. Lo que es específicamente humano nunca es totalmente medible. De hecho, las mediciones estadísticas son siempre aproximativas y nunca pueden ser el argumento definitivo para la evaluación de la calidad de la educación o de la investigación. La evaluación académica solo se puede realizar mediante el juicio personal, no por medición²³. Solo un ser humano puede entender, juzgar o evaluar a otro ser humano. Sin embargo, el argumento sobre los límites de la evaluación estandarizada no significa resistirse a la necesidad de la evaluación. De hecho, la evaluación, el juicio y la auto-indagación constituyen una tarea típica de la Universidad. Sin embargo, es preciso rechazar la creencia de que el nivel de calidad de la educación pueda surgir de un cálculo estadístico: la verdadera evaluación se basa en juicios de valor responsables en el contexto de un discurso racional. Por lo tanto, las mediciones numéricas deberían subordinarse a las evaluaciones de los contenidos y del rigor intelectual de los trabajos²⁴.

Por último, una quinta orientación para lograr una investigación alternativa implicaría, en mi opinión, una correcta articulación de la Universidad con la economía y con los Estados. Rechazar la idea de subordinar la investigación a la regulación estatal con el fin de servir a la economía no implica una postura romántica y falsa que niegue su necesaria dependencia económica. Sin embargo, es necesario enmarcar jurídica y éticamente, en base a principios específicos, los límites y las formas en que las universidades pueden recibir dinero y llegar a acuerdos o programas de acción con el fin de financiar sus actividades de investigación sin comprometer su autonomía académica²⁵. En tal sentido las universidades tendrían que convencer a empresarios y políticos que no deberían esperar de ellos producir lo que quiere el mercado o el Estado, sino expresar sus propias ideas y convicciones originales.

23. Manfred Moldaschl & Christine Schwarz, "Die Farben der Evaluierung. Eine Verteidigung der Evaluierung gegen ihre Befürworter" en , Heike Welte, Manfred Auer & Claudia Meister-Scheytt (eds.), *Management von Universitäten. zwischen Tradition und (Post-)Moderne*, Mering: Rainer Hampp, Múnich 2005, pp. 407-430.

24. Bill Readings, *The University in ruins*, Harvard University Press, Cambridge 1996, p. 160.

25. James Hearn, *Higher education's new economics: The risks and rewards of emerging operational reforms*, American Council of Education, 2008.

Estos principios, que han animado a la investigación en las universidades desde su origen, deberían ser recordados hoy con el fin de entrar en una nueva era de auténtica innovación y creatividad en la investigación universitaria. Aunque ciertamente es necesaria una fuerte renovación de los ideales clásicos, la Universidad no puede renunciar a la propia identidad, a la fidelidad a sus fines verdaderamente académicos y a su autonomía para evaluar adecuadamente la calidad de su investigación, generando en el largo plazo un conocimiento valioso que pueda luego ayudar al florecimiento de la economía, de la sociedad y de la vida.